



# **El bastardo de Marx**

**Las hijas y el hijo ilegítimo de Karl Marx – Una novela documental**



**J. C. Ruiz Franco**

<http://www.jcruizfranco.es>

*Karl Marx fue un personaje histórico fascinante, y su vida estuvo llena de lucha revolucionaria, erudición, creación teórica y conflictos personales. No puede ponerse en duda que el carácter y las circunstancias vitales influyen en los pensamientos y las creencias, y el caso de Marx no iba a ser distinto. En este libro, con el pretexto de la existencia de un hijo ilegítimo que Marx tuvo con su criada, Helene Demuth, por boca de tres personas cercanas se narran los acontecimientos más importantes de la vida de la familia y de los amigos más íntimos, a la vez que se efectúa un retrato de los protagonistas. También se incluyen documentos importantes sobre ellos que ilustran la narración: cartas, artículos, etc.*

*A pesar de sus deseos de vivir como un aristócrata, con grandes lujos, sin trabajar y dedicado a la redacción de escritos y a la organización de grupos revolucionarios, el adalid del proletariado llevó una existencia muy difícil durante largos años, y varios de sus hijos murieron siendo pequeños por culpa de su mala situación económica. De las tres hijas que llegaron a la edad adulta, una murió con treinta y nueve años por un cáncer de vejiga, otra se suicidó con cuarenta y tres, y la tercera se suicidó cuando tenía sesenta y seis. Con ellas se extinguió el apellido Marx de la familia, ya que el único varón que sobrevivió a la niñez fue Freddy, el hijo no reconocido que tuvo con Helene Demuth, la criada, el bastardo de Marx, que da título a este libro.*

## 1

Se acerca el momento, pero antes debo dejar todo por escrito y no olvidar nada. La posteridad tiene derecho a saberlo todo. De paso, lo que redacte ayudará a aclarar posibles malentendidos. Yo, Jenny Julia Eleanor Marx, habitualmente llamada por mi tercer nombre y conocida por mis familiares y amigos íntimos como ‘Tussy’, en plenitud de facultades —o al menos hasta el punto en que me lo permiten los dolores que los sentimientos me infligen— decido voluntariamente acabar con mi vida a la edad de cuarenta y tres años, para evitar seguir padeciendo por culpa de este débil carácter mío, azotado por los vaivenes de la vida que no soy capaz de soportar y por

los chantajes emocionales a los que mi querido y enfermo Edward<sup>1</sup> me somete. No, no me refiero a que tenga alguna dolencia; yo me ocupé de cuidarle bien para que sanara de la fuerte gripe que pasó en invierno, si bien es cierto que ahora se encuentra convaleciente de la operación del riñón. No, su principal enfermedad no es física. Su enfermedad ha sido siempre moral y se ha ido acentuando con los años, a medida que ha ido perdiendo la poca bondad que podía conllevar la juventud para una mente retorcida desde el mismo momento de nacer. Quiero suponer que en el fondo no quiere hacerme daño porque me ama, aunque sólo sea en un pequeño rincón de su malvado corazón. Es más bien que no puede actuar de otro modo: ya decía Sócrates hace más de dos mil años que quien obra mal es en realidad un ignorante, porque si conociera la bondad y todo lo que implica no podría sino actuar bien.

Edward, de alguna manera, debe de haber hecho suya esa forma de ser; habrá corroído su interior, se habrá hecho dueña de la parte del cuerpo que se ocupa de los sentimientos. Y por eso se porta así conmigo, por eso me hace sufrir. Por eso mismo pone esa cara de arrogante indiferencia cuando necesita que lo cuide, y se comporta como una hiena cuando está sano, se encuentra con fuerzas y quiere humillarme. Por esa razón amenazó con hacer público el asunto de Freddy<sup>2</sup> si no le daba parte del dinero que me quedaba de la herencia de Engels, el General<sup>3</sup>. Cuando éste me dijo quién es el verdadero padre de Freddy creí morir; fue el golpe más duro de mi vida. De repente, mi querido padre, que para mí ocupaba el más alto de los pedestales, cayó para ponerse al mismo nivel del resto de los mortales, con todas sus miserias morales. Me desahogué contando el asunto a Edward, quien con gusto me ofreció su hombro para que yo llorase. Pero luego se aprovechó, y en el momento más oportuno me amenazó con contárselo a todo el mundo si yo no le daba lo que me quedaba de la herencia del General. Y claro que tuve que dárselo. No podía permitir la total y pública deshonra que supondría que los miembros del partido, nuestros enemigos y el mundo entero supieran que Karl Marx era el padre de Freddy Demuth, que tuvo un

---

<sup>1</sup> Edward Aveling, escritor y político inglés. Fue la pareja de Eleanor Marx durante quince años, sin casarse con ella.

<sup>2</sup> Freddy Demuth, el hijo ilegítimo que Karl Marx tuvo con Helene Demuth, su criada.

<sup>3</sup> “General” es el apodo con el que los amigos solían llamar a Friedrich Engels.

hijo ilegítimo con Helen y que Engels accedió a cargar con la paternidad para salvar las apariencias. No, ese deshonor sería insoportable para mí y para nuestra familia, y dañaría irremisiblemente nuestra imagen y la del partido, ya que todo el mundo sabría que mi padre, además de ser infiel a mi madre, obró de forma miserable. Así que tuve que ceder al chantaje y darle el dinero que me exigía.



Eleanor Marx

Seguramente también porque es un enfermo moral pidió dinero prestado a Freddy, y en lugar de devolvérselo le ha ido ofreciendo vagas excusas e incluso ha vuelto a exigirle más y le trata desconsideradamente. Por eso se porta así con todos de los que puede obtener algún provecho, del tipo que sea.

Han sido muchos años de convivencia desde aquel día de 1885 en que decidí irme a vivir con él, después de un tiempo de relación que siempre escondí a mi *dear daddy* mientras estuvo con vida. Cuando yo era más ingenua de lo que soy ahora quedé deslumbrada por su impecable aspecto de hombre de mundo, su amor hacia el teatro, sus escritos científicos, su brillante oratoria y su aureola de librepensador. Además, siempre habló bien de mi padre y ayudó a traducir *El Capital* al inglés. Ahora que lo pienso, debo reconocer que también me atrajo que fuera un mujeriego. Es curioso cómo muchas se sienten atraídas por ese tipo de hombres, sin importarles ser engañadas debido a su irresistible atracción hacia otras mujeres. Debe de tener alguna

relación con nuestro carácter animal, porque por lo demás no tiene ningún sentido lógico. No me importó que estuviera casado y que su mujer —Bell— no quisiera concederle el divorcio. Simplemente lo consideré mi esposo a todos los efectos, sin necesidad de documentos que aprobaran nuestra relación. Y por supuesto tampoco me importó lo que la gente pensara de mí. Al contrario, siempre quise dar ejemplo como mujer liberada que soy.

Desde el principio le fui perdonando sus faltas; algunas eran pequeños detalles, otras no tanto. Por ejemplo, eso de que me mintiera diciendo que tenía antepasados franceses e irlandeses —siempre admiré a los revolucionarios franceses y a los irlandeses que luchan por su independencia de Inglaterra— fue una minucia; pero no lo fue que robara en varias ocasiones el dinero de nuestros camaradas, como hizo durante nuestro viaje por los Estados Unidos.

El General siempre le defendió de las acusaciones que lanzaban contra él. Pero debió ser el único, o uno de los pocos, a quienes gustaba, hasta el extremo de que nunca se dio cuenta de que sus amistades dejaron de asistir a sus reuniones para no coincidir con Edward. Para la inmensa mayoría no es más que un granuja que sólo intenta aprovecharse de los hombres pidiéndoles dinero y de las mujeres poseyendo su cuerpo. El General es uno de los pocos con quien no se ha portado como un miserable —no sé si por honradez o por interés propio—, y cuando murió le dedicó un bonito obituario, que ha sido una de las pocas muestras de bondad que ha demostrado en los últimos años.

Es curioso ver cómo Edward logra conquistar a casi todas las mujeres con las que entabla relación. Y es que su forma de hablar y sus modales compensan con creces su notable fealdad, y precisamente esa fealdad le convierte en más atractivo porque induce a creer en una inmensa belleza interior y en un sinfín de cualidades como hombre. Por eso se ha dicho de él que no necesita más que una ventaja de media hora sobre el hombre más guapo de Londres para conquistar a cualquier mujer.

Reconozco que nunca pude soportar sus infidelidades, sus *affairs*. Se aprovechaba de que no estábamos casados, de que el nuestro era un *common-law marriage*, e insistía en que éramos libres de tener relaciones con otras personas, puesto que éramos dos

antiburgueses sin prejuicios. Yo no podía lidiar con eso, pero él siempre se salía con la suya y a mis enfados contestaba con indiferencia o —aun peor— con sus terribles silencios acompañados de esa mirada acusadora tan característica suya. Bien dicen que una imagen vale más que mil palabras. A Edward no le hacía falta decir nada; le bastaba con mirarme para vencerme. Sabía que contaba con esa ventaja, y de ella se aprovechó siempre que le convino.

Si lo pensamos fríamente, con la objetividad propia del materialismo dialéctico de la que habla el General en sus libros, no sé por qué he aguantado tanto tiempo a su lado. Es posible que la explicación sea que dependí emocionalmente del Moro<sup>4</sup> —un padre autoritario— mientras estuvo vivo, y que, una vez muerto él, ante mi incapacidad para llevar una vida independiente, tuve que aferrarme a otra persona que le sustituyera. Con esto no quiero decir que Edward se parezca a mi padre, pero sí es posible que para mí haya sido un sustituto suyo. Soy materialista y no creo mucho en esas cosas, pero he leído algo sobre un filósofo alemán, un tal Hartmann, y sobre dos médicos vieneses, Breuer y Freud, que hablan sobre la parte inconsciente de nuestra mente y todo lo que hacemos de forma involuntaria, sin querer.



Edward Aveling

-----

---

<sup>4</sup> “Moro” era el apodo con el que la familia y los amigos solían llamar a Karl Marx. Se debía a su tez morena.

Todo lo que llevo dicho lo tenía yo asumido como parte de su terrible carácter; incluso que me abandonara a finales de agosto del año pasado. Cogió todo el dinero y los objetos de valor que pudo y se marchó dejándome en la peor de las situaciones, tanto económica como emocional. Ya había dado muestras de infidelidad, pero ese acto fue demasiado incluso para él. Se limitó a decirme que no intentara averiguar su paradero bajo ninguna circunstancia, que no intentara comunicarme con él, y que si quería decirle algo importante lo hiciera a través de un actor con el sobrenombre de “M”. Y yo, como tonta que soy, hice todo lo posible porque Freddy tuviera noticias tuyas por medio del tal “M” y para que le convenciera de volver a mi lado.

De: Eleanor Marx

A: Freddy Demuth

El Nido, 30 de agosto de 1897

Querido Freddy:

¡Por supuesto, tampoco he recibido ni una línea esta mañana! ¿Cómo puedo agradecerte toda tu bondad y atención hacia mí? Pero, en realidad, te doy las gracias desde lo más hondo de mi corazón. Escribí una vez más a Edward esta mañana. No hay duda de que es un síntoma de debilidad, pero una no puede olvidar catorce años de vida de un plumazo. Creo que cualquiera con el más mínimo sentido del honor, por no hablar de sentimientos de bondad y gratitud, contestaría a la carta. ¿Lo hará? Mucho me temo que no.

Mientras tanto, veo que “M” actúa esta noche en el Teatro “G”. Si Edward está en Londres, seguro que irá allí; pero tú no puedes ir, y yo creo que no podré hacerlo (...)

Mañana por la tarde tiene lugar el evento de “S”. Lamento transmitirte todos estos problemas, pero ¿podrías ir tú? Se reúnen a las 8 en punto y se quedarán hasta las 10, así que si vas sobre las 9 o las 9:30, podrás averiguar de qué han hablado. Podrías preguntar si él se ha pasado por allí. Entonces

lo sabrías, en cualquier caso. Si él está allí, podrías ponerte a su lado — delante de otras personas no podrá rehuirte— y esperarle hasta que la reunión haya terminado. Después ve con él, y di que me habías dicho que tú ibas a asistir y que has llegado tarde por culpa del trabajo (...)

Entonces él tendrá que decirte si no va a venir —y tú tendrás oportunidad de hablar con él— o si va a venir. No creo que sea muy probable; pero, de cualquier modo, espero que vayas a la reunión y averigües si él está allí.

Siempre tuya

Tussy

Edward estuvo ausente del Nido<sup>5</sup> todo el tiempo que quiso, y luego volvió también cuando le vino en gana, pero no con las orejas gachas, sino con toda la arrogancia de que sólo él es capaz. Y regresó —lo sé bien— porque ya se sentía enfermo, porque vaticinaba la terrible enfermedad que iba a padecer. Volvió sin previo aviso ni más explicación que unas líneas escritas. Pero tuvo el descaro de no decir nada al llegar. Incluso esperaba que le ofreciera una cálida bienvenida y que yo diera las explicaciones. Porque lo cierto es que se sintió ofendido —o al menos eso dio a entender con su actitud— al preguntarle los motivos de su conducta.

De: Eleanor Marx

A: Freddy Demuth

1 de septiembre de 1897

Querido Freddy:

Esta mañana he recibido una nota que dice “Vuelvo. Estaré en casa mañana” (es decir, hoy). Después un telegrama “En casa definitivamente, 1:30”.

Me encontraba trabajando, porque incluso con el corazón roto tenemos que trabajar —en mi habitación—, y Edward pareció sorprendido y bastante “ofendido” por no arrojarme en sus brazos. Hasta ahora no se ha disculpado

---

<sup>5</sup> El “Nido” es la forma con que Eleanor Marx se refería a su casa.

ni me ha dado ninguna explicación. Yo —tras esperar que comenzara él— dije que se debe tener en cuenta la situación, y que nunca olvidaré el trato que he recibido. Él no dijo nada. Dije que tú tal vez vinieras por aquí, y si puedes, ven mañana o cualquier tarde de esta semana; confío en que lo harás. Estaría bien que tuviera que enfrentarse a ti en mi presencia, y a mí en la tuya. Así que, si puedes, ven mañana. Si no, hazme saber cuándo podrás.

Querido Freddy, ¡cómo podré agradecértelo! Te estoy muy, muy agradecida. Cuando te vea, te diré lo que dijo “C”.

Siempre mi querido Freddy

Tu Tussy



Eleanor Marx

Su única respuesta fue la indiferencia. Tuvo la poca vergüenza de sentirse ofendido y de ignorarme ante la ausencia de una disculpa por mi parte. ¡Como si yo hubiera tenido la culpa de todo! Ante su silencio, le insistí, y esa misma noche tuvimos una fuerte discusión; breve, pero bastante subida de tono. Dejando a un lado el aspecto sentimental y pasando al más práctico, se gastó todo lo que se había llevado. ¡Todo! Y para colmo me hizo el peor de los chantajes: me dijo que se quedaría conmigo sólo si le daba el resto de la herencia de Engels. Y yo, como tonta, accedí porque le

necesitaba a mi lado, porque dependía de él emocionalmente, y él lo sabía bien. Y accedí también a la condición de que gozaría de total libertad para ir donde quisiera y con quien quisiera.

De: Eleanor Marx

A: Freddy Demuth

2 de septiembre de 1897

Querido Freddy:

Ven esta tarde, si puedes. Es para mí una vergüenza comprometerte, pero me encuentro muy sola y estoy afrontando la más horrible de las situaciones: ruina total; todo, hasta el último penique, es decir, desgracia completa. Es horrible; peor de lo que podía imaginarme. Y quiero consultarlo con alguien. Sé que debo ser yo quien decida finalmente y asumir la responsabilidad; pero algún pequeño consejo y una amistosa ayuda sería de gran valor. Así que, mi queridísimo Freddy, ven aquí. Estoy desconsolada.

Tu Tussy

Después, en noviembre, sufrió un ataque de gripe y aquí le tuve, cuidándole como si fuera su fiel esposa; tal vez con la ilusión de serlo en esos momentos. La enfermedad le golpeó muy fuerte. Sufrió una fiebre muy alta durante muchos días y se quedó tremendamente débil y delgado, prácticamente en los huesos, hasta el extremo de que los médicos dijeron que el más leve resfriado sería fatal para él. A comienzos de enero le pagué un viaje a Hastings en busca de un mejor clima para su salud. Pero su actitud hacia mí no cambiaba, a pesar de todos mis desvelos. ¿Cómo se puede ser tan ingrato?

De: Eleanor Marx

A: Laura Marx